

## Libros

EL lector es siempre un cómplice. Desde el momento en que asoma a una página abierta está colaborando con el escritor o contra él (que de todo hay), sea para ganar juntos ese entendimiento que llevó a escribir a uno y a leer a otro; sea para manifestar disconformidad desde el bando de los otros. Qué duda cabe que todo escritor busca un cómplice concorde, tan es así que se han escrito ensayos cuyo título reza *Cómo escribir y ser leído*; es decir, para serlo. Lo malo es que las fórmulas no se hacen para que el acierto esté asegurado, pues es harto fácil que los resultados sean tan disconformes con los deseos como le ocurrió al hijo nacido de Amor y Pedagogía. O a la fórmula del doctor Wallace para hacer de *The Reader's Digest* la revista más afortunada de la historia. Claro que así se logran muchas cosas: tales como que el malo de la película sea el bueno del negocio, pues no habrá autor que se conforme con el menesteroso papel de que le eliminen nada ni lector que se conforme con el modesto papel de «average person». El primero porque su esfuerzo queda en los huesos mondos y lirondos, y el doctor Wallace de turno será el cómplice que se llevara el santo y la peana: al primero, para desvestirlo; a la segunda, por si acaso en ella está el cepillo de las limosnas. En cuanto al lector, si lo que le dan es una lectura digerida, ya no necesita de especiales sabores, pues el quilo y el quimo han ejercido el quehacer que debiera haber sido suyo. Claro que todo se ha estudiado: estas lecturas tan cómodas también tienen su etiqueta: son -ideas en celofana que, sin duda, evitan que se desparramen los personales olores. El hombre que buscó el doctor Wallace era el -hombre común-, pero acaso se quedó con un hombre demasiado común con el que Antonio Pereira posiblemente no querrá contar.

Antonio Pereira ha puesto de su parte todo cuanto podía para ganar lectores. Digo ganar lectores, no ganarse lectores ni ganarse a los lectores. Simplemente ha abierto el varillaje del abanico y muestra las figuras del paisaje. El lector elige según sus preferencias y, como éstas son muchas, también las varillas abren un ancho arco. No todos preferirán lo mismo ni a todos se habla con el mismo idioma. Resulta, pues, que, en busca de cómplices, Pereira no ha escatimado esfuerzos, con lo que viene a resultar que sus Cuentos son un mundo complejísimo que, técnicamente, resultan una antología de relatos experimentales. Porque Pereira, aunque trata de celarlo, es hombre de gran cultura, lo que no quiere decir que nos lo tenga que mostrar, como Geneviève Démencour en su tarjeta de despedida. En un *Essai sur l'art du roman*, Marcel Barrière decía que -conocer bien el latín, todas las raíces del griego, haber penetrado en el espíritu de los principales prosistas de la Roma antigua me parece una preparación casi indispensable para ejercer el oficio de escritor ». Como proyecto

no está mal, como praxis ya es harina de otro costal. Pereira (no sé cómo andará de latín y griego) tiene una gran cultura literaria: leer *El ingeniero Démencour* nos pone en el camino de entender, con ironía y todo, muchas cosas de la vida, de los hombres (y las mujeres), del espíritu de los pueblos, etcétera. Y cuando todo está montado lo hace saltar en el aire porque las cosas van siendo demasiado complicadas. ¿No estamos ante un Deus ex machina para uso de colonialistas en Marruecos? Sin embargo, el relato cumple las exigencias que Thomas Hardy pedía al arte del escritor: establecer el equilibrio entre lo extraordinario y lo habitual para que al leer sintamos interés y verosimilitud. Es lo que en éste y en otros relatos del libro nos va dando Antonio Pereira, pero a la doctrina de Hardy añade nuestro narrador una dosis de sorpresa y de evasión que hacen que estos cuentos se carguen unas veces de lirismo (si no es lo mismo que la emoción), otras de ternura y las de más allá de humor. Léanse si no Charly, La resistencia o el insólito que lleva por título *El pozo encerrado*. Desde esta perspectiva el humor es un planteamiento necesario para que casen interés y verosimilitud, pues, de lo contrario, no se saldría de un arte realista en el que las cosas se despacharan tal y como las ve el demiurgo desde su Olimpo, para construir esos (¿falsos?) relatos italianos o brasileños (o leoneses, que todo vale). Para mí es éste un motivo fundamental en el arte de Pereira: su intrusión en los relatos, pero aparentando estar lejos de ellos. Una novela brasileña son diez líneas. Valdrían como gacetilla de prensa, pues con tan poca pasión se cuenta y tan trivial es el suceso. Sí, ¿pero y todo lo que el narrador ha puesto sin decírnoslo, desde el título hasta la oración última? Una visión del mundo que puede ser verdad, que, por desgracia, muchas veces lo habrá sido. Pero tras la cortinilla del hecho trivializado, la intención de este hombre que nos da su especial visión del Brasil, de las cosas que pueden ocurrir y de la indiferencia sote las vidas ajenas.

Decía que el narrador nos da un mundo variado de posibilidades. Estos cuentos no pueden resumirse (¡pobre doctor Wallace!) ni repetirse. Cada uno de ellos es un mundo que se representa por esa técnica que Pereira ha escogido. Lo que no podemos decir es que su mundo sea pequeño o que no esté vivo. Por eso cada relato nos lleva ante diferentes perspectivas y nos obliga a respirar brisas nuevas. Yo pienso que, por fortuna, esto es lo menos parecido a esos relatos de ideas que parecían monstruosas a Aldous Huxley. Leemos y sentimos que lo que se nos cuenta no tiene nada de falso, sino que se cumple porque es inevitable («A las nueve había que abrir»-, acaban los "souvenirs"), porque tiene ese aire de realidad que sólo está en los hechos triviales que proyectan las pantallas, cuando los personajes hablan sólo lo que tienen que hablar y no lo que el narrador les hace decir («El hilo de la cometa», «Mientras viene el trenillo»).

He ido haciendo la taxonomía de este libro, pero el libro tiene también esa unidad que está más allá de los temas o del estilo ocasional. Como recomendaba

Chejov, al final se tiene que resumir lo que se ha dicho o escrito y conviene hermanar los cabos sueltos. Es lo que ocurre con «El ingeniero Balboa», donde -además- hay algo que se debe tener presente en muchas de estas páginas: el sentido del tiempo y su dramático gotear, aunque no lo sintamos. Y el tiempo, en definitiva, pone en orden las cosas, también en las narraciones, pues existe para que todos, cada uno de nosotros y la popularidad, sepamos que al final todo estará en su sitio, como esas infinitas erotecas a las que aludió Gullón en el ensayo, con que el libro se inicia.